

Juventudes rurales y desarrollismos: el Programa Interamericano para la Juventud Rural en Argentina (1960-1974)

Rural Youth and Developmentalisms:
the Inter-American Rural Youth Program in Argentina (1960-1974)

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.10055930>

Darío Agustín Machuca

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Instituto de Investigaciones sobre Lenguaje, Sociedad y Territorio,

Universidad Nacional de Formosa, Formosa, Argentina

dariomachuca25@gmail.com - ORCID <https://orcid.org/0000-0002-9593-8397>

Resumen. Este artículo tiene por objetivo el análisis del Programa Interamericano para la Juventud Rural desde su inicio en 1960 hasta su conclusión en 1974. Para ello, se enfatiza su desarrollo en Argentina, país caracterizado por contar en el núcleo de su economía primaria con una estructura agraria con mayores niveles de equidad y de capitalización que el promedio latinoamericano durante el período de estudio. En relación con lo señalado, se adopta una metodología cualitativa a partir de técnicas de observación sobre fuentes documentales elaboradas en el marco institucional que diseñó e implementó dicho programa: el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

En Argentina, la recuperación del agro a nivel productivo y sus desajustes en términos sociales derivaron en transformaciones vinculadas al despoblamiento rural que se conjugaron con las características políticas y sociales del período. Si bien el programa analizado se centró en elementos productivos, articuló perspectivas en torno al desarrollo rural y significó un espacio de problematización de la realidad, de politización, y de generación de capital social y cultural que interpelaron diversos elementos de la época.

Palabras clave: juventud rural; desarrollismo; Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas; Programa Interamericano para la Juventud rural; campesinado.

Cita sugerida: Machuca, D. (2023). Juventudes rurales y desarrollismos: el Programa Interamericano para la Juventud Rural en Argentina -1960-1974-. Revista *CRONÍA* N° 19.

Artículo recibido: 28 de abril de 2023. Artículo aceptado: 5 de setiembre de 2023

Abstract. This article aims to analyze the Inter-American Program for Rural Youth from its inception in 1960 to its conclusion in 1974. To this end, its development in Argentina is emphasized, a country characterized by having in the core of its primary economy an agrarian structure with higher levels of equity and capitalization than the Latin American average during the period under study. A qualitative methodology is adopted based on observation techniques on written sources prepared in the institutional framework that designed and implemented said program: the Inter-American Institute of Agricultural Sciences and the Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

In Argentina, the recovery of agriculture at a productive level and its imbalances in social terms led to transformations linked to rural depopulation that were combined with the political and social characteristics of the period. Although the analyzed program focused on productive elements, it articulated perspectives around rural development and meant a space for the problematization of reality, politicization, and the generation of social and cultural capital that challenged various elements of the time.

Keywords: rural youth; developmentalism; Inter-American Institute of Agricultural Sciences; Inter-American Rural Youth Program; peasantry.

Introducción

En un análisis de la producción académica referente a las juventudes rurales en América Latina, Gabriel Kessler (2007, p. 57) señaló el carácter “incipiente del campo de estudios”. Un artículo reciente (De Marco, 2020, p. 96), por su parte, ha indicado que dichas investigaciones han brindado poca atención a las niñeces y ancianidades. En una línea similar, podría plantearse que, si bien el área del conocimiento ha ostentado considerables aportes en el período posterior al estudio de Kessler (2007), continúa existiendo un desbalance entre la producción dedicada a los mundos juveniles y adultos dentro de este campo. En tal sentido, María Nessi (2019, p. 188) ha establecido que el debate sobre las juventudes rurales no ha logrado la centralidad que sí tuvieron sus pares urbanos.

Si se entiende a la generación como la construcción de relaciones entre individuos y grupos en virtud de su edad “social” o su situación en el curso de vida (White, 2020, p. 140), puede entenderse que, doblemente opacadas ante la atención recibida por las juventudes urbanas y las adulteces del campo, las juventudes rurales continúan constituyendo una cuenta pendiente para los estudios académicos, problemática que se refuerza en el caso de las investigaciones sobre el pasado latinoamericano.

Teniendo en cuenta que, como bien plantea Kessler (2007, p. 14), las juventudes rurales deben ser consideradas como beneficiarias de políticas diferenciales y como agentes estratégicos del desarrollo, el presente artículo propone una aproximación al caso latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX a través de un instrumento por el cual las políticas agrarias desarrollistas tomaron contacto con ellas: el Programa Interamericano para la Juventud Rural (PIJR). Dependiente del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) de la Organización de Estados Americanos (OEA), este constituyó una instancia de coordinación y desarrollo de distintos dispositivos de extensión rural destinados a las juventudes y adolescencias de América Latina, creados a su vez, a imagen y semejanza de los Clubes 4-H estadounidenses.

El programa en cuestión se extendió entre 1960 y 1974 y fue posible debido a un conjunto de elementos históricos que presentaron un correlato rural y agrario. Por un lado, debe mencionarse a los soportes institucionales y económicos propios del período desarrollista (ver Machuca, 2022). Por el otro, vale desatacar a los esfuerzos de Estados Unidos para contrarrestar la presencia del comunismo en la región en un período extendido entre la Revolución Cubana (1959) y el derrocamiento de Salvador Allende (1973). Así también, si se entiende que en los espacios rurales existe un contacto más próximo y temprano de las juventudes con el mundo del trabajo y que existen perspectivas que les adjudican una “capacidad innovadora para el desarrollo rural” (por ejemplo, Kessler, 2007, p. 54), pueden comprenderse las razones por las cuales los desarrollismos incorporaron a las juventudes rurales en su propuesta.

En Argentina, uno de los principales exportadores de materias primas del continente, el PIJR fue representado por el área de extensión rural de su Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), organismo creado en 1956 y que integró las experiencias desarrolladas hasta entonces por el otrora Ministerio de Agricultura Nacional (MAN) en forma de clubes juveniles.

Así también, vale destacar que en este país la historiografía acerca de las juventudes ha privilegiado un enfoque urbano respecto de una serie de transformaciones acaecidas durante el período, como los cambios operados en los espacios de ocio y los consumos culturales, en las vinculaciones familiares y sexo-afectivas, en el mundo estudiantil –principalmente universitario-, y en la politización de ciertos sectores vinculada a experiencias contestatarias que tuvieron su principal expresión en la insurrección popular de mayo de 1969 conocida como Cordobazo (Cattaruzza, 2007, Manzano, 2010, entre otros). A pesar de haberse concentrado en los principales aglomerados urbanos del territorio nacional, tales rupturas forjaron los modos en los cuales fueron entendidas las juventudes durante este período. Más aún, además de su punto neurálgico en la ciudad mediterránea, se extendió a lo largo del país un conjunto de “inéditos movimientos de protesta protagonizados por obreros y estudiantes que motivaron temores en la derecha y produjeron esperanzas en la izquierda” (Healey, 2007, p. 172).

En lo que concierne a la construcción de este imaginario, es destacar que las heterogéneas juventudes rurales del período presentaban elementos que las diferenciaban de sus, también heterogéneos, pares urbanos. A pesar de la relativa equidad del agro argentino en comparación con otros países de la región, la condición juvenil en el medio rural, según el caso, puede resultar fuertemente afectada por fenómenos como “la modificación en las estructuras agrarias, la concentración de la tierra y la reestructuración de los territorios rurales con la desaparición de cientos de pueblos, el abandono y despoblamiento del campo y la creciente concentración urbana” (Sili, Fachelli y Meiller, 2017, p. 636).

Teniendo en cuenta lo expuesto artículo tiene por objetivo el análisis del PIJR desde su inicio hasta su conclusión a partir de su desarrollo en Argentina, país caracterizado por hallar en el núcleo de su economía primaria una estructura agraria con mayores niveles de equidad y capitalización que el promedio latinoamericano durante el período de estudio. Para ello, se adopta una metodología cualitativa a partir de técnicas de observación documental sobre fuentes escritas elaboradas en el marco institucional que diseñó e implementó dicho programa: el IICA y el INTA. Se plantea a modo hipótesis que, si bien la discontinuidad del PIJR afectó a la extensión rural con juventudes y adolescencias en el país, ciertas transformaciones vinculadas a su población destinataria y a los cambios dentro de la perspectiva del desarrollo ya habían tensionando la continuidad de tales experiencias pese a las condiciones relativamente prósperas de este medio para su desarrollo.

El cuerpo del artículo se divide en tres apartados. El primero de ellos se dedica a describir los objetivos y las agencias intervinientes en la conformación y desarrollo del PIJR teniendo en cuenta las características del contexto político y las condiciones del agro latinoamericano. Seguidamente, el texto enfatiza el caso argentino señalando los principales aspectos de las expresiones locales desarrollistas, las transformaciones vinculadas a los espacios rurales y los cambios y sucesos que reescribieron el lugar de las juventudes en la agenda pública. Finalmente, el escrito se adentra en el desarrollo del PIJR en el país a partir del INTA, así como en sus vinculaciones con los problemas sociales, políticos y económicos del período. En virtud de lo indicado por esta introducción, se espera que el presente texto constituya un aporte al área de estudios sobre juventudes rurales latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX.

El Programa Interamericano para la Juventud Rural

Los primeros Clubes Juveniles en América Latina del tipo promovido por los desarrollismos presentan orígenes previos a nuestro período de análisis. De tal modo, pueden hallarse en Puerto Rico en 1934, en Venezuela desde 1938 y en Jamaica a partir de 1940 (Ford Motor Company, 1960b, pp. 166, 171, 173). Sin embargo, tales iniciativas, más bien aisladas y experienciales, lograron un mayor desarrollo cuantitativo y cualitativo desde la conformación del IICA.

El IICA fue fundado en 1942 e incorporado a la OEA a partir de su creación en 1948. En 1951 el Instituto aprobó el “Proyecto 39 de Enseñanza Técnica para el Mejoramiento de la Agricultura y de la Vida Rural” dentro del “Programa de Cooperación Técnica” de la OEA (Coto, 1967), que promovió la conformación de Clubes Agrarios Juveniles, Comités de productores y Clubes de Amas de Casa como una estrategia de transferencia de tecnología en el marco una institución con líneas comunes de acción para las naciones americanas. Cinco años más tarde, el IICA firmó un contrato de servicios con la Administración de Cooperación Internacional (ICA) de Estados Unidos -luego Agencia de Desarrollo Internacional (AID)- que estimulaba la creación de organismos locales que desarrollen y articulen programas agrícolas (Losada, 2003).

En un entorno internacional signado por la Guerra Fría, el triunfo de la Revolución Cubana (1959) dio lugar a una nueva etapa de este conflicto en Latinoamérica. Dado que la participación en los ingresos del 20% más pobre de la región era la más baja del mundo (Thorp, 1998, p. 26), resultaba posible el pensar que estas latitudes podían ser un terreno fértil para la “amenaza” comunista. Por entonces, las juventudes atravesaron transformaciones sin precedentes logrando perfiles sociales que excedían ampliamente los parámetros biológicos (Funes, 2014, énfasis p. 199). En el plano rural, asimismo, se añadían el componente campesino de la experiencia cubana, los movimientos de reivindicación agrarista que encontraban su mayor exponente en las *Ligas Camponesas* del Brasil y la pobreza de la mayor parte de las áreas rurales de la región.

A partir del contexto señalado, 11 de julio de 1960 fue creado el PIJR mediante un acuerdo entre la Asociación Internacional Americana de Desarrollo Económico y Social (AIA) y el IICA (IICA, 1974, p. 1). Con el nuevo programa –y el nuevo financiamiento- los Clubes fueron reimpulsados, no solo en virtud del incremento en la cantidad de unidades, sino también por medio de programas de intercambio y de capacitación, tanto para trabajadores del área, como para jóvenes y líderes rurales que fueron entendidos como agentes “modernizantes”. El ejemplo más relevante de tales actividades se encuentra en el Seminario Interamericano de Líderes de Juventudes Rurales, iniciado en 1961 (IICA, 1961).

Si bien el impulso inicial del PIJR a nivel internacional fue importante, el fracaso del desembarco estadounidense en Playa Girón y el estancamiento del crecimiento basado en la sustitución de importaciones signaban la coyuntura. En agosto de 1961, mediante la Carta de Punta del Este, se dio inicio formal a la Alianza Para el Progreso (ALPRO), programa de desarrollo económico, político y social con el que la Casa Blanca planeó combatir al comunismo evitando nuevos estallidos sociales. Por medio de este dispositivo se creó, en 1962, el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), que contó con la participación de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la CEPAL, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la OEA y el IICA (véase Feder, 1978, pp. 184-190). Paralelamente, Earl Jones (1962), especialista del IICA en juventudes rurales, publicó su tesis doctoral en Educación titulada “Un estudio sobre los programas de juventud rural en las Américas (excepto Estados Unidos y Canadá)”, en el cual sostiene que los programas de juventud rural responden a las necesidades socio-económicas de la población rural. Este trabajo sirvió de base para los cursos y seminarios del IICA destinados a extensionistas de la región y que, desde entonces, se multiplicaron.

Las relaciones de cooperación entre el IICA y la AIA en el marco de las actividades desarrolladas en relación con el PIJR se mantuvieron hasta diciembre de 1967, cuando mediante un convenio operativo desde el mes siguiente, las responsabilidades de colaboración pasaron de la AIA a la Fundación 4-H estadounidense (IICA, 1974, p. 1).

	1960	1964	1965	1967	1968	1969
Clubes de juventudes rurales	-	7.025	9.458	-	9.763	11.167
Membresías	113.754	153.453	192.242	219.327	234.457	252.309
Extensionistas en juventudes rurales	-	4.322	4.350	-	4.836	4.619

Cuadro 1: Clubes juveniles rurales, membresías y extensionistas en América Latina, 1960-1969. Fuente: elaboración propia a partir de IICA (1969)

Como puede apreciarse en el Cuadro 1, existió un incremento en la cantidad de membresías en clubes juveniles rurales al menos hasta 1969. En octubre de 1970, el Director General del IICA y el Director Ejecutivo de la Fundación 4-H firmaron un acuerdo para continuar con la asociación hasta 1973 con vistas a una posterior renovación por otros tres años más (IICA, 1974, pp. 1-2).¹ Sin embargo, en 1974 cesó el financiamiento de la Fundación Kellogg y el *Rockefeller Brothers Fund* y, pese a los esfuerzos, el PIJR cerró sus puertas al año siguiente (Rosenberg, 2011, p. 10).

El agotamiento del financiamiento al PIJR corresponde al estancamiento de la “edad dorada del capitalismo” (Hobsbawm, 1998: énfasis p. 247) a partir de la crisis del petróleo en 1973 y, más precisamente, a los cambios en la Casa Blanca que debilitaron la ALPRO (véase Taffet, 2007). Con el derrocamiento de Salvador Allende en Chile, asimismo, comenzó en Latinoamérica un período caracterizado por los gobiernos dictatoriales y el crecimiento de la deuda. En líneas generales, con el recorte en los desembolsos tendientes a programas de desarrollo y a acción social, los gobiernos nacionales tampoco se empeñaron en mantener iniciativas de estas características.

El contexto histórico argentino

En Argentina, la etapa bajo estudio se compone por gobiernos civiles y militares que tuvieron como denominador común la proscripción del peronismo hasta 1973. Entre las experiencias de mayor relevancia se encuentran los gobiernos de Arturo Frondizi (1958-1962), Arturo Illia (1963-1966) y el período dictatorial autodenominado como “Revolución Argentina” (1966-1973).

Esta etapa correspondió a una recuperación y posterior expansión de la actividad agropecuaria argentina con epicentro en la región pampeana, la cual implicó el incremento de las unidades medianas y de su acceso a la propiedad de la tierra, incentivos crediticios e impositivos, la implementación de paquetes tecnológicos, el incremento de rendimientos por hectárea, y cierta expansión del área cultivada, entre otros (Barsky y Gelman, 2009). En dicha transformación, cupo un rol de especial gravitación al INTA, organismo de investigación y extensión agropecuaria fundado y puesto en marcha mediante los Decreto-Ley N° 21.680 de 1956 y Decreto Reglamentario N° 4644 de 1957 respectivamente. De tal modo y respondiendo a una recomendación de Raúl Prebisch al gobierno de turno, Argentina se sumó al proyecto de modernización del agro latinoamericano impulsado desde el IICA. Entre las funciones de la nueva entidad se encontraron “la tecnificación y el mejoramiento de la empresa agraria y la vida rural” (Boletín Oficial de la República Argentina, 1956).

Este proceso encontró continuidad cuando, en 1958, se ratificó al INTA vía Ley N° 14.467 durante el gobierno de Frondizi, cuyo programa establecía una estrecha relación entre el agro y su proyecto de desarrollo industrial. Desde su perspectiva, la importancia del agro consistía en dotar al sector fabril de materias primas. A su vez, la industria debía cumplir la función de tecnificar la producción agropecuaria, mientras, paralelamente, el ingreso de capitales provenientes del sector exportable permitía el desenvolvimiento de áreas críticas del proyecto de desarrollo económico tales como los sectores energético y metalúrgico.

Luego del derrocamiento de Frondizi y del interregno de José María Guido, en octubre de 1963 asumió la presidencia Arturo Illia. Si bien las políticas económicas de su gobierno responden a medidas de corte keynesiano, existieron importantes continuidades respecto del frondizismo con correlato en materia agropecuaria (Lázzaro, 2002-2003). En el campo, continuó la disminución de los sectores no propietarios, así como los objetivos tendientes a financiar la industrialización mediante las divisas obtenidas por el agro y a elevar los niveles de vida a través de la tecnología productiva aplicada al sector.

El gobierno de Illia fue derrocado por un golpe de Estado liderado por Juan Carlos Onganía. El nuevo esquema implantado, conocido como “Estado burocrático-autoritario” (O'Donnell, 1996), continuó con medidas tendientes a impulsar la industrialización y superar una administración del Estado caracterizada como ineficiente. Su política económica se orientó a promover el desarrollo tecnológico de la producción privilegiando al empresariado trasnacional. El nombra-

miento de militares o representantes corporativos en cargos públicos, la exclusión social, política y económica de la clase trabajadora, y la restricción a la actividad cívica fueron el rasgo común a este período (O'Donnell, 1996: énfasis pp. 60-62).

Para enfrentar las resistencias a este modelo, se aceleró un proceso de conformación de la “subversión” para designar y criminalizar conflictividades, descontentos, activismos o malestares que interpelaran las políticas implementadas (Franco, 2012). A pesar de la intensificación del proceso de recuperación del agro (Barsky y Gelman, 2009), este período también fue testigo de cómo espacios vinculados a la denominada “nueva izquierda” se aproximaban a los ámbitos rurales (Lissandrello, 2020).² Diferentes documentos de la época señalan una supuesta colaboración entre personal del INTA y los grupos guerrilleros, orientadas principalmente hacia el sector del organismo que privilegiaba el trabajo con pequeños productores (Gárgano, 2014).³ Así también, la situación de algunas de las economías extra-pampeanas, como la azucarera y la aldonera, tuvieron efectos sociales que reconfiguraron el lugar de las periferias en la vida política del país (Healey, 2007).

En una línea similar a la expuesta, vale destacar al proceso de transformación de las juventudes que encontró fuerte raigambre en Argentina, país que, podría afirmarse, contaba con una población joven en términos censales promediando 26 años hacia 1960. Progresivamente, este sector social accedió a nuevos grados de politización y de circulación de productos culturales relacionados con la “modernización” del período. Las dinámicas entre los procesos históricos en marcha y su repercusión en las experiencias juveniles continuaron hasta el punto de acelerarse a partir del golpe de Estado de 1966 (véase Cattaruzza, 2007, Manzano, 2010, entre otros). Como señala Valeria Manzano (2010, p. 363): “diversos actores proyectaron sobre la juventud sus temores y expectativas en torno al cambio”. Más aún, la cuestión juvenil se acentuó luego del Cordobazo y los diferentes “azos” que se reprodujeron a lo largo del país (sobre este punto ver Healey, 2007).

En este contexto la “Revolución Argentina” fue fuertemente debilitada. En 1970, el entonces presidente de Facto, Onganía, fue sucedido por Roberto Levingston, quien al año fue reemplazado por Agustín Lanusse. Con el llamado a elecciones y el retorno del peronismo en 1973, se produjeron modificaciones en la orientación de la intervención estatal en el rumbo económico. Marcelo Cavarozzi (2018, p. 356), sintetiza el ocaso desarrollista del siguiente modo: “el desarrollismo en Argentina quedó sepultado, literalmente, en las feroces disputas internas del peronismo a partir de su vuelta al poder en 1973 –disputas que consumieron entre otros al último ministro de Economía de orientación desarrollista, José Ber Gelbard– [...]”.

El Programa Interamericano para la Juventud Rural en Argentina

Una de las primeras experiencias en clubes juveniles rurales en el país se retrotrae a 1919, cuando el Ingeniero Agrónomo Joaquín Barneda impulsó la conformación de estos órganos en la provincia de Buenos Aires siguiendo el modelo estadounidense.⁴ También la Federación Agraria Argentina había fomentado desde 1930 el desarrollo de la Juventud Federada (Ivickas Magallán, 2017, p. 108). Respecto a los Clubes que nos convocan, los primeros en Argentina se organizaron en 1954 a raíz del Proyecto 39. Ello tuvo lugar desde la Dirección General de Agricultura del Ministerio de Agricultura de la Nación, delegando las actividades en las diferentes divisiones de Agronomías Regionales (Losada, 2002) y en un contexto caracterizado por el despoblamiento de las zonas rurales del país (Barsky y Gelman, 2009, énfasis pp. 424-425; De Arce y Salomón, 2018, énfasis p. 184). Ya en 1956 la Dirección de Oficinas Regionales de Agronomía inició el programa de Clubes 4-A en el país con tres propósitos:

- (1) Contribuir a la formación de agricultores y amas de casa [...].
- (2) Inculcar en los jóvenes un mayor interés por las nuevas técnicas y [...] métodos agrícolas y domésticos [...].
- (3) Formar hombres y mujeres rurales que estén orgullosos de su profesión y [...] el progreso de la nación (Ford Motor Company, 1960a, p. 155, traducción propia).

Teniendo en cuenta que “las juventudes rurales constituyen un sujeto múltiple, heterogéneo y altamente complejo [...] según las sociedades, las particularidades de cada territorio, la dimensión y el tipo de tenencia de la tierra, los sistemas productivos predominantes, la posición social y el género” (Sili, Fachelli y Meiller, 2017, p. 637), puede afirmarse que el programa bajo estudio definió la condición de los sujetos juveniles de modo relativamente homogéneo. Si bien pueden apreciarse ciertos elementos que, por ejemplo, exponen la reproducción de la asignación de roles de género diferenciando las juventudes masculinas de las femeninas, las desigualdades regionales fueron, en cierta medida, desatendidas. No obstante, vale destacar que el personal extensionista contó ciertas posibilidades de conciliar distintas realidades locales con el diseño del programa (De Arce y Salomón, 2018).

Si bien estas propuestas no eran íntegramente novedosas por entonces, debe remarcarse que en la segunda mitad del siglo se asistió a la conformación de un servicio nacional de extensión en tanto se sistematizó, institucionalizó y brindó de cierta continuidad a un programa como el de los Clubes 4-A (Acción, Adiestramiento, Amistad, Ayuda).⁵ A tales elementos deben añadirse la presencia de personal específicamente dedicado a esta función y los capitales provenientes tanto del erario público como de los programas internacionales.

Además de sus socios y socias, estos entes contaron con el aporte de distintos sectores de la comunidad: dirigentes, maestros, padres, madres y comerciantes, entre otros (Ivickas Magallán, 2017, p. 109). Reproduciendo los roles familiares de la época y con una orientación dirigida a objetivos económicos que permitirían un incremento productivo, los otrora Clubes Juveniles Rurales cambiaron su denominación a Clubes 4-A y, con la creación del INTA, fueron transferidos a su dominio.⁶

En paralelo a los Clubes 4-A, el área de extensión del INTA desarrollaba el programa de Clubes de Hogar Rural para “capacitar a las mujeres rurales y generar un espacio de encuentro entre ellas, con el propósito de contribuir al desarrollo económico, social y cultural del agro” (Mecozzi, Ca. 2020: 9-10). Estos Clubes llevaban a cabo actividades orientadas a una serie de roles socialmente asignados como preparación y conservación de alimentos, corte y confección de prendas, horticultura y primeros auxilios. Sin embargo, al igual que sucedía con los Clubes 4-A, estos podían dar lugar a proyectos de mayor complejidad: infraestructura edilicia doméstica y comunitaria, campañas sanitarias, entre otros.

En líneas generales los Clubes estaban integrados principalmente por niños, niñas y adolescentes de entre 10 y 18 años de edad. Eran organizados por un extensionista especializado en juventudes y abordaban cuestiones referentes a la actividad agropecuaria, la sanidad, la educación y actividades sociales y recreativas, entre otras. Según Hernán Zorzín (como se cita en Ivickas Magallán, 2017, p. 109), un extensionista del período, el objetivo del programa fue constituirse como “una alternativa de enseñanza y trabajo para los hijos de productores que terminaban la primaria. Los capacitábamos en materia agronómica y los estimulábamos a elaborar proyectos”.

El INTA promovió en todo el país que los Clubes se organicen mediante un cuerpo colegiado, *ad honorem*, elegido por su masa societaria y con cargos de renovación periódica: presidente, vicepresidente, vocales, y responsables de la secretaría y tesorería. Los socios y socias elaboraban un proyecto individual o grupal (de siembra de variedades modificadas, cría de animales seleccionados, uso de herbicidas o plaguicidas, mejoramiento de la comunidad o actividades sociales) que debían ser expuestos en eventos periódicos. Estos proyectos eran elaborados por jóvenes y adolescentes rurales a quienes el personal extensionista prestaba asistencia técnica y, en algunos casos, insumos.

	1960	1964	1965	1967	1968	1969
Clubes de juventudes rurales	-	300	396	-	373	560
Membresías	2.160	5.153	7.500	11.200	14.455	12.351
Extensionistas en juventudes rurales	-	326	388	-	120	-

Cuadro 2: Clubes, membresías y extensionistas en juventudes rurales. Argentina, 1960-1969. Fuente: elaboración propia a partir de IICA (1969).

Sin embargo, como puede apreciarse en el Cuadro 2, los primeros síntomas del fin del auge de los Clubes en el país pueden notarse desde 1968. Es posible apreciar en ese año una drástica caída en la cantidad de extensionistas y un retraimiento en la cantidad de Clubes. Si bien esto último fue revertido para el año siguiente, el número de membresías disminuyó. A pesar de este panorama, en 1970 Argentina albergó la Conferencia Interamericana de Líderes de Juventudes Rurales realizada en el marco del PIJR (IICA, 1970).

La merma en la envergadura del sistema de clubes juveniles rurales en Argentina se debe a distintos factores. Si bien ciertos trabajos (Albornoz, 2015, Carballo, 2002, énfasis p. 11) señalan un declive de las actividades de extensión en el país recién desde el golpe de Estado de 1976, lo cierto es que este proceso se inserta en dinámicas históricas de mayor amplitud y complejidad (véase Franco, 2012, para el caso del INTA, véase Gárgano, 2014). En el caso de los Clubes del Hogar Rural, también dependientes del INTA y orquestados internacionalmente desde el IICA, una investigación reciente (Mecozzi, ca. 2020) plantea que la discontinuación del programa a escala nacional en 1974 puede responder al objetivo del organismo de que estas experiencias tengan continuidad por iniciativa de las comunidades o a que el enfoque de la extensión se vinculó más con la transferencia de tecnología que con programas de cariz social. Si bien esto también puede ser válido para los Clubes 4-A, dadas las características de este trabajo, vinculamos su progresiva corrosión y desintegración en diálogo con el concomitante deterioro del desarrollismo como base del programa económico, por un lado, y con el contexto sociopolítico nacional posterior al Cordobazo, por el otro.

El cronograma de actividades de los Clubes excedía los propósitos principalmente productivos con los cuales se organizaron desde la cartera de Agronomías Regionales en 1956. Los mecanismos de extensión rural para con jóvenes desplegados por los agrónomos y agrónomas de terreno del INTA presentaban elementos contrarios al planteo de la “Revolución Argentina”. Por un lado, y en contraste con sus postulados tecnocráticos (O'Donnell, 1996), debe rescatarse el compromiso socio-comunitario propuesto por los Clubes en un momento en el cual la radicalización política tensionaba cualquier tipo de organización social. Por otra parte, su estructura interna elegida mediante el voto de sus socios y socias recreaba las virtudes de la democracia, como lo señala el siguiente documento: “Las elecciones que se efectúan entre los propios socios para elegir las autoridades que han de regir los destinos del Club, dan la pauta de la práctica de la democracia” (INTA, 1969, s/p).

El fragmento citado pertenece a un folleto que data del momento de mayor conflictividad de la “Revolución Argentina” donde la efervescencia juvenil y la “cultura contestataria” (Manzano, 2010, pp. 364, 386-387) tomaron un rol protagónico.⁷ A modo de ejemplo, puede mencionarse su protagonismo en la conformación y desarrollo de los movimientos sociales rurales que irrumpieron en el norte del país en la etapa posterior al Cordobazo (Vommaro, 2011). Experiencias como las Ligas Agrarias nacidas alrededor de 1970 fueron protagonizadas por los hijos e hijas de los sectores colonos, pequeños agricultores y campesinos (Healey, 2007, p. 204). Este problema es reflejado en documentos de los Clubes:

Asistimos ya al fenómeno significativo de la “invasión” juvenil en todos los órdenes de la vida cívica, política y cultural [...] a cuya influencia no puede sustraerse el medio rural [...] la interpelación planteada por la juventud [...] adquiere las características de un verdadero desafío (INTA, 1970, p. 1).

Investigaciones recientes plantean que el INTA privilegió consignas técnicas sobre el uso de la tecnología antes que consignas reformistas acerca de la propiedad del suelo (Ivickas Magallán, 2017, p. 102). Sin embargo, debido a los márgenes de maniobra del personal extensionista (De Arce y Salomón, 2018), en estos espacios también se hizo referencia al momento político-económico, a la estructura de tenencia de la tierra y al involucramiento en la realidad nacional (Mecozzi, ca. 2020, p. 86). En este sentido, cuestiones como la reforma agraria fueron abordadas en la acción “en terreno” de sus extensionistas a pesar de no formar parte de los lineamientos institucionales (Gárgano, 2014, ver también Martocci, 2020; De Arce y Salomón, 2018).

El retorno del peronismo en 1973 significó un recambio de la conducción del INTA en el cual se insertó la desarticulación de los Clubes. El discurso de la época centrado en la dicotomía “liberación/dependencia” impregnó al organismo, como se aprecia en el caso de las críticas al financiamiento internacional de la vacuna contra la fiebre aftosa que, según

se denunciaba, remarcaban la posición dependiente de Argentina en materia agropecuaria en relación a los Estados Unidos (Gárgano, 2014: 71-72). En esta línea, puede afirmarse que el financiamiento internacional del ya agonizante PIJR pudo haber resultado incómodo para ciertos sectores.

A mediados de los setenta, si bien la extensión con amas de casa había entrado en decadencia, continuaba siendo común a nivel nacional. En este sentido, es necesario remarcar nuevamente el propio proceso histórico atravesado por las juventudes. El último indicio de existencia de un Club 4-A en el país se encuentra en la “Estación Cooperativa de Experimentación y Extensión Agropecuaria ‘Hilario Ascasubi’” del partido bonaerense de Villarino hacia 1976 (INTA, 1976, pp. 15-16).

Conclusiones

Este artículo se propuso aportar al conocimiento referente a las juventudes rurales de América Latina a partir del estudio de una experiencia internacional dirigida específicamente a dicho sector en la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, la referencia a fuentes documentales nos permitió examinar distintos elementos que problematizaron su rol en la sociedad, economía y política de la región desde distintas perspectivas.

El PIJR constituyó una experiencia de singular relevancia para la historia de las políticas orientadas a las juventudes rurales latinoamericanas entendiendo a este sector en tanto agente “modernizante”. En un contexto en el cual la Guerra Fría y la experiencia revolucionaria cubana invitaron a repensar las desigualdades de la región, distintos gobiernos locales, organismos internacionales y empresas transnacionales las entendieron como agentes de modernización y desarrollo, por un lado, y como amenazas de transformaciones políticas de mayor radicalidad, por el otro.

Específicamente, este artículo estudió el caso del PIJR en Argentina. Este juego de escalas permitió apreciar que, incluso en un país con niveles generales de equidad y capitalización agraria superiores al promedio de América Latina, los desequilibrios sociales y las tensiones políticas afectaron el desarrollo de dicho programa. La recuperación del agro a nivel productivo y sus desajustes en términos distributivos derivaron en transformaciones vinculadas al despoblamiento rural que se conjugaron con las características políticas del período. Si bien el modo en que dichos cambios afectaron el tejido social de las juventudes rurales merece ser objeto de futuras investigaciones, hemos visto cómo se entendió a este sector como un espacio relativamente homogéneo con potencial insurreccional. Si bien los elementos que conformaron este imaginario se corresponden especialmente con circuitos urbanos vinculados a estratos medios, la construcción en cuestión presentó un correlato respecto las poblaciones agrarias y rurales.

A pesar de la heterogeneidad presentada por los gobiernos argentinos que implementaron su programa bajo la impronta de las ideas desarrollistas, lo cierto es que, en todos ellos, los Clubes 4-A gozaron de continuidad. Si bien dicha iniciativa se centró en elementos productivos, articuló perspectivas en torno al desarrollo rural y significó un espacio de problematización de la realidad, de politización, y de generación de capital social y cultural que interpelaron diversos elementos de la época.

El deterioro de la economía mundial a partir de 1973 y los cambios políticos en América Latina provocaron la discontinuidad de las políticas de desarrollo en general y del PIJR en particular. En Argentina, estos procesos tuvieron expresiones locales a la vez que se conjugaron con dinámicas de mayor extensión temporal a las cuales se hizo referencia y entre las que sin duda figuró el proceso atravesado por las juventudes. Este conjunto de elementos, a fin de cuentas, acabó por erosionar la continuidad de una de las mayores iniciativas dirigidas a las juventudes rurales de la historia latinoamericana.

Referencias bibliográficas

- Albornoz, M. (2015). Cambio tecnológico y cultura institucional: el caso del INTA, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad - CTS*, 10 (29), 41-64.
- Barsky, O. y Gelman, J. (2009). *Historia del agro argentino: desde la conquista hasta comienzos del siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Carballo, C. (2002). *Extensión y transferencia de tecnología en el sector agrario argentino*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Facultad Agronomía.

- Cattaruzza, A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. *Entrepasados*, 13, 103-104.
- Cavarozzi, M. (2018). El desarrollismo y sus etapas: un fenómeno latinoamericano. A Francisco Delich, eximio sociólogo y gran tipo. En J. Russo y E. Torres Castañón (Eds.) *Francisco Delich y América Latina* (pp. 341-357). Córdoba-Buenos Aires, Argentina: UNC-CLACSO-FLACSO.
- De Arce, A. y Salomón, A. (2018). Promover el bienestar rural. Los extensionistas del INTA en el terreno (1956-1980). *Travesía*, 20 (2), 179-201.
- De Marco, C. (2020). A, B, C... de campo. Educación no formal y recreación para niñeces rurales (Buenos Aires, Argentina, 1969-1980). *Desidades*, 28 (8), 95-110.
- Feder, E. (1978). *Violencia y despojo del campesino: Latifundismo y explotación*. México, México: Siglo Veintiuno.
- Funes, P. (2014). *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. México, México: El Colegio de México.
- Franco, M. (2012). Pensar la violencia estatal en la Argentina del siglo XXI. *Lucha Armada en la Argentina*, (8), 20-31.
- Gárgano, C. (2014). *Ciencia, tecnología y dictadura: Producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1973-1983)*. Tesis de Doctorado. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Healey, M. (2007). El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampeanas. En James, D. (Dir.), *Nueva historia argentina. T. 9: violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (pp. 169-212). Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona, España: Crítica.
- Ivickas Magallán, M. (2017). El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1956-1966). *Realidad Económica*, 46 (310), 87-114.
- Kessler, G. (2007). Juventud rural en América Latina. Panorama de las investigaciones actuales. En R. Bruniard (Coord), *Educación, desarrollo rural y juventud* (pp. 17-67). Buenos Aires, Argentina: UNESCO/SAGPyA/FIDA.
- Lázzaro, S. (2002-2003). El problema agrario durante el gobierno de Arturo Illia. *Anuario del CEH*, 2-3 (2-3), 63-80.
- Lissandrello, G. (2020). Izquierda rural (Argentina, 1960-1970). En A. Salomón y J. Muzlera (Eds.), *Diccionario del agro iberoamericano* (pp. 639-647). Buenos Aires, Argentina: TeseoPress.
- Losada, F. (2003). La institucionalización de la extensión rural con la creación del INTA (1957). *Documentos del CIEA*, (1), 27-35.
- Machuca, D. (2022). Instituciones, ideas y capitales: Desarrollo y desarrollismos en América Latina (1948-1973). *Etcétera. Revista Del Área De Ciencias Sociales Del CIFYH*, (11), 1-16.
- Manzano, V. (2010). Juventud y modernización sociocultural en la argentina de los sesenta. *Desarrollo Económico*, 50 (199), 363-390.
- Martocci, F. (2020). *Con los pies en el surco: instituciones locales y actores de la ciencia agropecuaria en La Pampa: 1958-1983*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Mecozzi, J. (Ca. 2020). *La extensión rural orientada hacia las mujeres. El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y los Clubes del Hogar Rural, 1958-1974*. Tesis de Licenciatura. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Nessi, M. (2019). Juventudes y agro extrapampeano argentino. Búsqueda de nuevas dimensiones para su abordaje. En S. Aparicio, I. Gehlen, J. Romero y R. Vitelli. (Coords.). *Desarrollo rural y cuestión agraria* (pp. 187-203). Buenos Aires, Argentina: Teseo.
- O'Donnell, G. (1996). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de Belgrano.
- Otero, J. y Selis, D. (2016). La revista 'Extensión en las Américas'. *Extensão Rural*, 23 (1), 42-57.
- Rosenberg, G. (2011). *The Programa Interamericano para la Juventud Rural (Inter-American Rural Youth Program) and Rural Modernization in Cold War Latin America*. Mimeo. Rockefeller Archive Center.
- Sili, M., Fachelli, S. y Meiller, A. (2017). Juventud Rural: factores que influyen en el desarrollo de la actividad agropecuaria. Reflexiones sobre el caso argentino. *Revista de Economía e Sociología Rural*, 54 (04), 635-652.
- Skidmore, T. y Smith, P. (1996). *Historia Contemporánea de América Latina*. Barcelona, España: Crítica.
- Taffet, J. (2007) *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America*. New York: Routledge.

- Thorp, R. (1998). *Progress, poverty and exclusion: an economic history of Latin America in the 20th century*. Washington, Estados Unidos: Inter-American Development Bank.
- Vommaro, P. (2011). Movilización social desde el protagonismo juvenil: experiencias de dos organizaciones rurales argentinas. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1 (9), 191-213.
- White, B. (2020). *Agriculture and the generation problem*. Rugby: Practical Action Publishing.

Fuentes

- Barneda, J. (1930). Los Clubs agrícolas de niños. *Boletín del Museo Social Argentino*, (92), 102-107.
- Boletín Oficial de la República Argentina N° 18.292. (10 de diciembre de 1956). Decreto-Ley N° 21.680.
- Coto, R. (1967). El IICA y la OEA. En Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas y Asociación Latinoamericana de Fitotecnia, *Las ciencias agrícolas en América Latina: progreso y futuro* (pp. 465-506). San José, Costa Rica.
- Ford Motor Company. (1960a). *Anuário para a juventude rural das Américas Ford 1960*. Dearborn, Estados Unidos.
- Ford Motor Company. (1960b). *Anuario para la juventud rural de las Américas*. Sin lugar. .
- IICA. (1961). Informe del seminario Interamericano de Líderes de Juventudes Rurales: Intercambio Internacional de Juventudes Agrícolas. San José-Turrialba, Costa Rica.
- IICA. (1969). "Exhibits". En *Quarterly report October/December, 1969 and 1969 highlights Programa Interamericano para la Juventud Rural*. Sin lugar .
- IICA. (1970). *Quarterly Report october/december, 1970 and 1970 Highlights Programa Interamericano para la Juventud Rural*. Sin lugar.
- IICA. (1974). "Report for the year 1973 for the Inter-American Rural Youth Program submitted to the Director General Inter-American Institute of Agricultural Sciences of the OAS". En *Quarterly Report Programa Interamericano Para la Juventud Rural January/March 1974*.
- INTA. (1969). Qué es eso... De Clubes 4-A [sic.]. Sin lugar
- INTA. (1970). El futuro es de los jóvenes. Sin lugar.
- Jones, E. (1962). *A study of rural youth programs in the Americas (except United States and Canada)*. Turrialba, Costa Rica: IICA.

Notas

- 1 Se ha señalado que ya para "1970 resultaba evidente que la Alianza para el Progreso había fracasado" (Skidmore y Smith, 1996, p. 406).
- 2 Una de las experiencias más tempranas en este sentido había sido el Ejército Guerrillero del Pueblo que, desbaratado hacia 1964 en zonas rurales de la provincia de Salta, constituyó una de las primeras iniciativas de focos guerrilleros del país.
- 3 Un caso paradigmático es de la Cooperativa de Trabajadores Unidos Campo Herrera en Tucumán (Gárgano, 2014, p. 180-194).
- 4 Los "clubs" de Barneda (1930, p. 103) realizan mayor énfasis en "que el orgullo rústico [del campo] sea igual al orgullo cívico", mientras los referentes al período desarrollista lo hacen en fines productivos. Por otro lado, Barneda no menciona la formación de líderes ni su organización interna por medio de cuerpos colegiados, aspectos centrales en los Clubes del INTA. Finalmente, los clubes de 1919 no contaban con extensionistas profesionales como sí pudieron hacerlo los Clubes que nos ocupan.
- 5 Tanto las cuatro siglas de una misma letra como el logotipo del trébol de cuatro hojas tienen su origen en los Clubes 4-H estadounidenses fundados en 1902. Esta mecánica también se adoptó en otros países del continente (Otero y Selis, 2016, p. 53).
- 6 Por supuesto, que a los objetivos económicos también se sumaron otros como aquellos orientados a la vinculación social (De Marco, 2020, p. 101), aunque subordinados al enfoque productivista (De Arce y Salomón, 2018, p. 179). Los Clubes 4-A no deben confundirse con el Club de colaboradores del INTA, de carácter urbano (véase De Marco, 2020).
- 7 Elementos comparables plantea Mecozzi (Ca. 2020) en relación con los Clubes Hogar Rural y las transformaciones sociales en clave de género.